

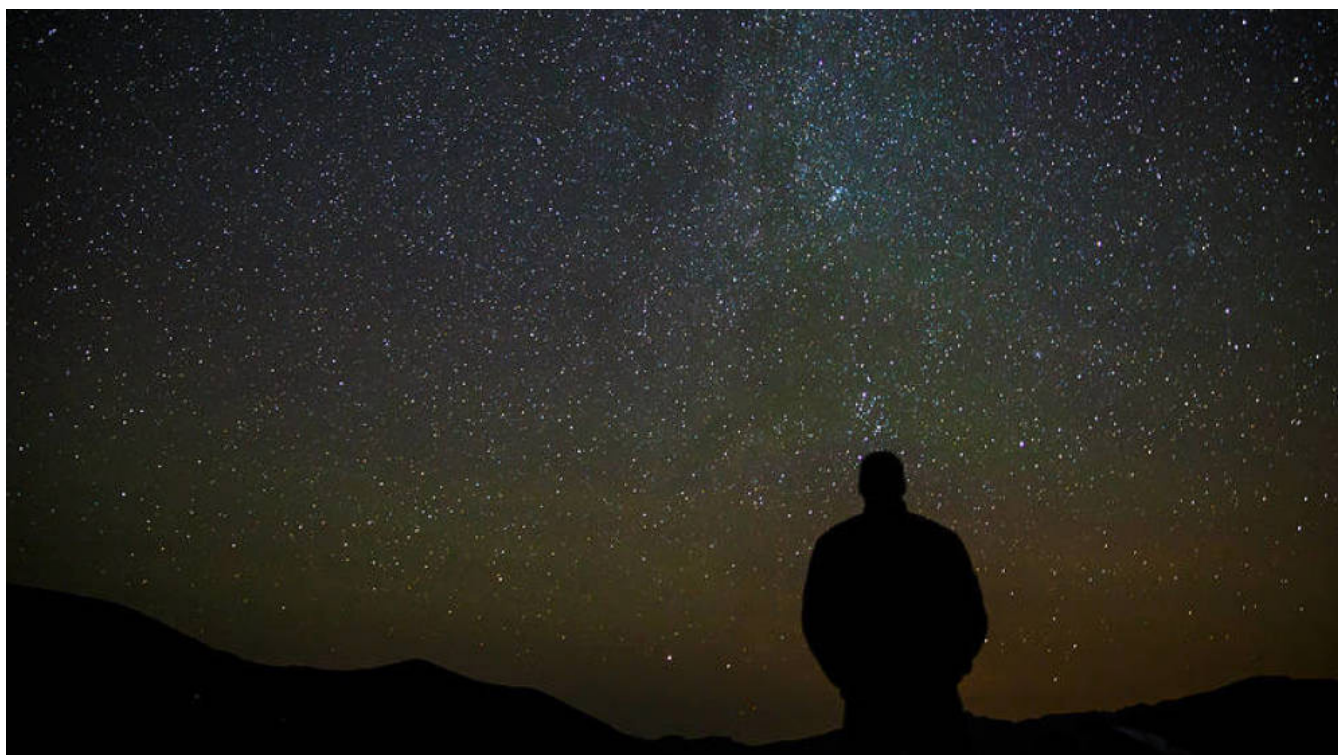


¿QUIEN FUE EL PRIMERO?

Jesús Salvador Giner

jsginer@gmail.com

Para cada logro, acto o decisión, siempre hay un abanderado que abre camino para otros. ¿Quién fue el primero de nosotros que miró el cielo? No mirarlo en el sentido de verlo, de reparar en él, sino “verlo” en tanto ser consciente de su presencia, de sentir (quizá dentro de sí mismo, pero sin ser capaz de explicárselo) que allí arriba se sostenía algo, algo enigmático y gigantesco, algo que debía ser mucho más que puntos de luz y pequeñas brumas nubosas. ¿Qué sentiría ese primer humano, hombre o mujer?



UN HOMBRE CONTEMPLA EL FIRMAMENTO, HOY IGUAL QUE HACE MILES DE AÑOS (D.D./Flickr)

Podemos imaginarnos al primer curandero de la historia, anónimo y cuya existencia desconocemos, que sintió el impulso de coger un cuchillo y tratar de operar a alguien a quien quería o apreciaba y cuya enfermedad amenazaba con acabar con su vida. Del mismo modo, podemos imaginar también cuando uno de nosotros, hace miles de años, vio una acelga silvestre en un descampado y se le ocurrió hincarle el diente. Por no mencionar aquel maravilloso “agricultor” que tuvo la feliz iniciativa de coger algunas semillas e introducirlas bajo tierra, con la idea de proporcionarles agua y ver qué sucedía. Todos ellos fueron adelantados, audaces, e hicieron algo que nadie antes jamás se había atrevido a llevar a cabo.

Se pueden multiplicar los ejemplos, mas no es necesario. Sin embargo, antes que los citados tuvieran lugar,

mucho antes, ya hubo un primitivo ser humano (igual a nosotros en todo) que, una noche cualquiera, en un lugar que no conocemos, se dedicó a mirar el cielo.

Y decimos “se dedicó a mirar” porque justamente en eso consiste la astronomía: no es un mero acto reflejo de ver, de poner los ojos allí arriba, como por causalidad; igual hoy que hace 10.000 años, hay que fijarse, hay que dedicarle tiempo, hay que hacerlo con un propósito.

Aunque a ese amigo del pasado no le asistía, obviamente, nuestro enciclopédico saber actual, a ambos, él y nosotros, nos mueve la misma ansia, y nos impele idéntico deseo de conocer. Miramos el cielo para comprender, observamos para saber qué es todo eso que nos escruta desde las alturas. Como se ha dicho, y seguramente con toda razón, quizá no miramos el firmamento

porque seamos humanos, sino que somos seres humanos porque miramos el firmamento.

Pero esa acción requiere tener cubiertas otras necesidades: no es lo mismo pararse a mirar el cielo con el estómago saciado que hacerlo con el aprieto del hambre. Sabemos que la filosofía y la reflexión racional nacieron en Grecia y en otros lugares por medio de hombres de alta alcurnia (o cuyos trabajos les proporcionaban ingresos abundantes) que tenían la barriga llena, que no requerían doblar la espalda de ordinario en el campo ni iban tras los animales para cazarlos y dar de comer a sus necesitados retoños. Se precisa un cierto ocio para meditar y cavilar sobre el mundo.

En todo caso, podemos imaginar aquella noche a ese antepasado (puede que el cabecilla de una tribu), curioso y sorprendido, quien seguramente no vería el cielo por vez primera, pero sí lo *sentiría*. Tal vez tratara de ofrecerse una noción del firmamento que pudiera serle comprensible, tal vez construyendo alguna historia, ideando un romance o un enfrentamiento entre los astros, tal vez... quién sabe.

¿Qué pasaría por su mente (y por su corazón) al recibir aquella impresión sensorial magnífica, aquellos miles de astros pulsando su luz hacia sus ojos? Puede que se sintiera un elegido, un privilegiado (en verdad, lo fue). Quizás sintió un escalofrío por su columna vertebral cuando, sin ser consciente, la materia de la que él mismo estaba hecho le hacía un guiño desde las alturas.

Miraría las estrellas en racimos (Pléyades, Híades...), las nubes de gas de la Vía Láctea atrapadas en Orión y en Sagitario, puede que también viera el alargado y difuso perfil de la galaxia de Andrómeda, el destello fijo y señorial de Júpiter, la luz de diamante de una Venus crepuscular, puede igualmente que fuera testigo del rápido paso de astros fugaces, o de alguna cabellera cometaria. Miraría lo mismo que nosotros hoy, y sus preguntas no hallarían respuesta ninguna. Contemplaría aquella algarabía de estrellas con incomprensión, sin poder dar razón de lo que estaba observando. Todavía tenía que nacer la ciencia, la religión y los hombres con el suficiente ingenio como para plantearse qué significaba todo aquello que veía.

Podemos suponer que estaría desconcertado. Demasiada grandiosidad, demasiada luz, demasiada materia... Demasiada negrura, quizá también. Tal vez el oscuro cielo causara aprensión, miedo, desconfianza. Puede que nuestro padre milenario cerrara los ojos y tuviera pesadillas tras recordar el tenebroso firmamento, las amenazantes estrellas titilantes, el ir y venir de astros, el movimiento lento pero inmutable sobre nuestras cabezas.

Mas puede también (seguramente así sucedió...)

que brotara en él la curiosidad, el afecto, un aprecio naciente por lo que contemplaba. Un misterio siempre es inquietante, pero igualmente enciende el deseo por llegar hasta él, por revelarlo, por quitarle el velo. Y el firmamento es uno de los mayores enigmas que siempre ha habido (y, de algún modo muy profundo, lo sigue siendo). Puede que se mezclaran ambos sentimientos: recelo y admiración, angustia y ansia por descubrirlo, suspicacia y tentación hacia lo desconocido.

Han pasado miles o decenas de miles de años, y quien hoy se acerca por primera vez, sin nociones preconcebidas, al firmamento nocturno, sea niño, adulto o anciano, experimenta (siquiera sea por un instante) exactamente lo mismo que nuestro antiguo antecesor. Se trasluce el Universo, se abre en toda su belleza y enormidad, en toda su aparente eternidad. Es como tener un momento de clarividencia de algo que había permanecido oculto, de algo (algo dentro de nosotros mismos) que sin saberlo nos llamaba y cuyo reclamo, al fin, ha sido atendido.

Y esa sensación la podemos tener de nuevo. Miremos, captemos, embriaguémonos con lo oscuro y lo brillante, con estrellas que resplandecen y con el sombrío negro del firmamento, el ying y el yang cósmico.

Sintamos cómo entra en nosotros, al igual que le sucedió a nuestro padre ancestral, toda la incomparable magia de las noches estrelladas.